La riqueza de ser puro

¯Toda hermosa eres, María!

En la corona gloriosa de la Reina de los cielos y de la tierra resplandecen las más radiantes piedras preciosas con un brillo cautivante, admirable y maravilloso. Ella es la Inmaculada, la Virgen purísima, la Virgen de las vírgenes, virgen antes, durante y después del nacimiento del Señor. Ella es la Inmaculada Concepción; es Madre y Virgen a la vez: la virginal Madre de Dios.

En el umbral del paraíso brilla la gran señal: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer". En el transcurso de los siglos, un ser humano, una mujer posará sus pies puros sobre esta tierra guardando en sí un trozo del paraíso perdido: la Santísima Virgen. Ella no será tocada por la serpiente, por el contrario, con sus pies virginalmente puros y maternales, aplastará la cabeza del demonio, enfrentándolo en perpetua enemistad.

¯Ave, María Inmaculada! Nada impuro hay en Ella. Espejo sin mancha, más radiante que el sol, más blanco que la nieve. Ella es un reflejo del Sol eterno, de Cristo, alabado por toda la eternidad.

Desde el principio de su existencia, la Santísima Virgen María irradia una pureza y hermosura propias del paraíso. Su naturaleza es sin mancha — su voluntad es íntegra y vigorosa, su inteligencia clara y su vida afectiva pura —. Está ante nosotros como la llena de gracia.

Es la obra maestra de poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios.

La palabra 'mujer' es uno de los títulos más honrosos y de mayor contenido que la Sagrada Escritura da a la Santísima virgen. Ya en las primeras páginas aparece como la gran Mujer del Protoevangelio. Y Cristo, en las bodas de Caná, donde realizó su primer milagro, y desde la cruz, en la cual la obra de la Redención llegó a su punto culminante, la llama 'Mujer'. ¿No significa esto la participación de María de una manera singular en la obra de la Redención? En todo caso Ella ocupa un lugar incomparable en la historia del mundo y en la historia de la Salvación.

Ella es quien aplasta la serpiente. Donde actúa la serpiente — el demonio — debe aparecer Ella si es que la batalla debe decidirse a favor de Cristo, el Redentor del mundo.

La Inmaculada está ante nosotros llena de una radiante dignidad. Es que su vida instintiva se halla enteramente sometida a la razón iluminada por la fe, a una voluntad inquebrantable movida por la gracia y porque su entendimiento, su corazón y su voluntad se hallan enteramente atados a Dios.

Después que la Santísima Virgen hubo expresado su "fiat" (hágase…), se fortalecieron en Ella las gracias contenidas en su concepción inmaculada: la entrega a Dios y la aspiración a la perfección.

¿Qué eco despierta en nuestra alma lo que la Iglesia dice con respecto a la Inmaculada? Ella no se cansa de cantar repetidamente: "Toda hermosa eres, María, en ti no hay mancha de pecado original. ¡Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo!" (cf. Jd 15,9)

El mundo de intereses de la Santísima Virgen es tan universal porque Ella como Madre del Señor está íntimamente unida a Él y participa de sus intereses.

La Iglesia nos muestra el ideal del hombre plenamente redimido: es el de la Inmaculada. Cuanto más claro brilla ante nosotros el rostro de María, cuanto más divinizado, espiritualizado, ennoblecido y rico se nos manifiesta, tanto más nos duele comprobar en nuestra naturaleza la inmensa distancia que nos separa de él, y se despierta en nosotros el ardiente anhelo de asemejarnos más y más a Ella, al criatura plenamente redimida. De nuestra lama brota fervoroso el llamado: ¡Madre, si yo fuera como tú!

Ningún ser puramente humano fue tan profundamente compenetrado por la gracia como lo fue María por su Inmaculada Concepción.

Al contemplar a la Inmaculada sentimos que todo nuestro ser se inunda con una luz sagrada. Nuestra mirada brilla como el sol y todo canta, lleno de alegría y júbilo, en nuestra alma.

¡Qué bueno es Dios! En este valle de lágrimas rescató la idea original de pureza y santidad del paraíso, en la persona de la Santísima Virgen. Por eso, Ella es para nosotros la Inmaculada Concepción, la totalmente sin mancha.

¡Qué cosa hermosa y grande es la naturaleza humana, cuya pureza y belleza se ha encarnado en María!

María está ante nosotros en su plena pureza e integridad. Ella es el huerto cerrado, el paraíso sellado. "¡Toda pulchra!" ¡Toda hermosa!

Ella es Reina poderosa, porque es la Virgen de las vírgenes, porque ha conservado su pureza sin mancha.

En las horas difíciles, cuando se despierta en nosotros la sensualidad, la imagen de la inmaculada actúa purificándonos, elevándonos y transfigurándonos, atrayéndonos y cautivándonos.

Cuando anhelamos la pureza y la nobleza, entonces la Iglesia nos muestra la Inmaculada, el ser humano plenamente redimido.

La Inmaculada, en su pureza, despierta, toca y satisface los anhelos más profundos de nuestro ser.

La virginidad de la Santísima Virgen encierra en sí la más completa integridad e incolumidad del cuerpo y del alma.

Al arrodillarnos ante la excelsa imagen de la Inmaculada, ˘cuántos pensamientos, sentimientos, anhelos y esperanzas se despiertan en nosotros!

˘De todo corazón felicitamos a Ella, la Inmaculada Concepción, por su gloria! Pero nos alegramos también al verla, porque en Ella contemplamos, como en un espejo, la misma gloria que Dios quiere darnos a nosotros.

La plenitud de poder de María se funda en la voluntad del Dios omnipotente y bondadosísimo y en su desposorio espiritual con Cristo. Ella es la Esposa perfecta y singular de Cristo. Nadie como Ella participa en una comunidad tan íntima de tareas, de sufrimientos y de acción con Cristo.

"˘Christus filius virginis Mariae!" Él era el hijo de una virgen. Esto ha de llenarnos de un santo orgullo. La primera criatura humana que eligió para siempre y libremente la azucena de la virginidad, fue la Santísima Virgen.

La Gran Mujer, la Inmaculada, aparece ante nosotros como un ejército en orden de batalla, un ejército que vence al mundo y al demonio. La luna se halla bajo sus pies, porque Ella ha sido elevada por encima de toda la inestabilidad de la naturaleza humana. Con su pie aplasta la cabeza del demonio d tal modo que éste no puede ejercer su influencia maligna sobre Ella.

Concebida sin pecado, así comienza la Virgen Santísima su existencia. Inmaculada, pura e intacta, así la lleva Dios a las eternas moradas.

Al comienzo de la historia de la humanidad, la misericordia de Dios nos muestra a la Gran Mujer que aplasta la cabeza de la serpiente. Al din de la historia de la humanidad, se eleva Ella en el cielo, mostrándose como la Gran Señal, vestida de sol, rodeada de la luna y de las estrellas. Con esto su gran misión queda señalada — la que Ella, en el curso de los siglos ha de ayudar a llevar a cabo en contra del mundo y del demonio —.

El encuentro de la Santísima Virgen con su prima Isabel, con el esposo de ésta y con su niño, significó para los tres una gran bendición de Dios. El hombre recobró el habla, la mujer fue llena del Espíritu Santo y el hijo fue santificado en el seno de su madre. De la misma manera, cada encuentro con María, trae una bendición para el hombre, la mujer y el niño.

El paganismo arrebató a la mujer la corona de su dignidad y de la riqueza espiritual de su corazón. Quien ha sido tratado y valorado indignamente, apaga con el tiempo en su interior todas las disposiciones nobles que hay en él y pasa así a ser presa sin límite de los apetitos enfermos de su naturaleza, de modo que resta en él únicamente la nebulosa idea de su gran riqueza interior. Este fue el destino de la mujer en el paganismo.

El cristianismo muestra gráficamente y en forma cautivadora, en la imagen de la Virgen Madre, a qué riqueza interior de virtudes y a qué altísima dignidad en el acontecer histórico fue elevada una mujer por Dios. Con razón el sexo femenino se siente ennoblecido y elevado en Ella.

En la Madre virginal del Señor, la mujer ha vuelto a ser reina.

Desde que Dios elevara a María por encima de todos los ángeles y santos, el cristiano descubre sobre la frente de cada mujer y de cada joven una secreta corona de María y busca en el corazón de cada mujer una imagen de la riqueza del alma de María.

La elevada dignidad de la Bendita entre las mujeres, ofrece a la mujer una marcada conciencia de sexo, es decir, una conciencia de su igualdad de valor frente al hombre a pesar de la diversidad de modalidad.

En la Santísima Virgen encontramos la imagen estelar de la dignidad y belleza femeninas.

Ella es la encarnación femenina perfecta de la imagen de Cristo.

La nobleza, dignidad y valor de la mujer brillan en la enceguecedora pureza, en la integridad y en la maternidad virginal de María.

La mujer se siente elevada y honrada en la Santísima Virgen, puesto que la Bendita entre las mujeres representa clásicamente el ideal de la mujer. Aún más, Ella es por eminencia la encarnación del hombre plenamente redimido. Ella es la "dignitas terrae": todo lo grande y hermoso que dios ha creado en la tierra se refleja en Ella de un modo eximio.

Dios muestra al mundo en la Virgen Madre, el ideal supratempotal e inmutable de la perfecta femineidad.

Grande puede ser el dolor que acarree la guerra mundial sobre los pueblos. Pero mayor aún es la confusión y destrucción que ocasiona un ideal de mujer desfigurado y desintegrado.

Para las naciones tiene más valor, importancia y fecundidad hacer surgir y mantener inconmovible el ideal de la mujer divinizada que ganar una guerra mundial.

En el ideal claramente delineado y realizado de María y de la mujer, los pueblos católicos poseen un manantial vivo de fuerza moral y de fecundidad y una joya con la cual pueden enriquecer y enaltecer a otros pueblos.

La mujer católica que no venera a la Santísima Virgen con respeto amoroso y servicial, tarde o temprano se sentirá insegura frente a su propio ser tal como Dios lo quiere y conformará su ideal según el espíritu del tiempo, de la moda, de la prensa del día y de los apetitos bajos del hombre.

La mujer que se inclina ante el ideal de María, se inclina ante la realeza de su propio yo.

Una forma excelente de conducir el propio ambiente hacia la Santísima Virgen es encarnar un estilo de vida marcadamente mariano.

El que dice María dice gracia.

El hombre que venera a la Santísima Virgen, no venera únicamente la obra maestra de la gracia divina, sino también el ideal de la más noble femineidad que él lleva oculto en su alma.

En otras mujeres puede ver el hombre una mezcla de lo divino y de lo diabólico en las más variadas combinaciones puesto que todas ellas han sido tocadas por la maldición del pecado original, pero en la Bendita entre todas las mueres le sale únicamente al encuentro lo eterno, lo divino, lo supratemporal de la mujer, en su más radiante hermosura.

Cuando el hombre se arrodilla ante la imagen de la Santísima Virgen se despierta todo lo que hay en él de infancia espiritual, de caballerosidad y voluntad de servicio, todos los anhelos de pureza, de cielo y de Dios que dormitan en lo profundo de su corazón. Ella es para él "gratia plena", la llena de gracia. Ella es su "Domina, Advocata, Mater", su Señora, Abogada y Madre, la que descubren su corazón, su mirada y sus manos en todas las situaciones de la vida. Con orgullo él se proclama su "servus, cliens, filius", su caballero, su protegido y su hijo.

La caballerosidad se expresa en un gran respeto y admiración ante la manera de ser del otro y en la defensa valiente ante cualquier ataque contra los valores que encarna.

La caballerosidad frente al sexo femenino se manifiesta en el aprecio interno y externo del valor y la dignidad del modo de ser femenino y en el rechazo audaz de cualquier ataque contra estos grandes bienes.

La manera de ser femenina se manifiesta en todas las ramificaciones de una noble maternidad y virginidad. Su ideal supratemporal es la Virgo–Mater, la madre virginal, María.

La caballerosidad exige un vigoroso autodominio y profunda conciencia de responsabilidad.

Cuanto más la ley y las costumbres favorecen las relaciones con el sexo contrario, tanto más necesaria es la educación hacia una noble caballerosidad.

El hombre que se inclina caballerosamente ante la imagen de la Santísima Virgen, transfiere de manera fácil y eficaz esta actitud a todas las hermanas de la Bendita entre las mujeres.

Nunca será suficientemente valorada la influencia moral enaltecedora y transfiguradora de una devoción mariana íntima y profunda en él. En María, él busca y experimenta el reverso de Eva.

Una educación masculina unilateral como se da muchas veces en internados, sin cultivo de una profunda y vigorosa devoción mariana, se halla despojada de muchos estímulos nobles y cae fácilmente en el peligro de una propensión unilateral, intelectualista, de una masculinidad sin armonía y de un endiosamiento de la fuerza.

El hombre que verdaderamente ama, venera e imita a María, no puede arrastrar al barro sacrílegamente la dignidad de la mujer.

Si la mujer quiere saber cuál es el ideal que el hombre tiene de ella, sólo le vasta preguntarse por su imagen de María y tratar de encarnarla.

La mujer que más se asemeja a la Santísima Virgen, despierta en el hombre noble el más profundo respeto y la más rica entrega.

Así como el hombre fue conducido a la caída por la mujer, por Eva, así nuevamente ha de ser elevado a las alturas por una mujer, por María y por sus hermanas e imágenes.

El idealismo, la moral y la fecundidad de un pueblo se mantienen o desmoronan con sus mujeres.

El ideal de la Inmaculada hace despertar en el corazón y en los labios un alegre Creo, un humilde Confiteor y un gozoso Magnificat.

Aquel que eleva corazón y manos hacia Ella, da un triple testimonio de fe: reconoce la existencia de un orden sobrenatural en el cual la Inmaculada brilla como la obra maestra de Dios; confiesa su fe en el pecado original que arrebató a la humanidad el mundo sobrenatural y destruyó la armonía en nosotros, del animal y el ángel, del ángel y el hijo de Dios y confiesa su fe en el poder de la gracia de la Redención que conformó tan admirablemente a la Santísima Virgen como la pre–redimida y la plenamente redimida y que también quiere penetrarnos y transformarnos a nosotros.

Los doctores de la Iglesia han tratado de medir las gracias que la Santísima Virgen recibiera en el momento de su concepción. Muchos opinan que ellas sobrepasan a las de los hombres que más gracias han recibido y a las de los ángeles más excelsos. Otros van más allá aún y dicen que siendo ilimitada su dignidad de Madre de Dios, es decir, más elevada que toda la grandeza creada, Ella hubo de ser dotada, desde el primer instante de su ser, de mayores gracias que las de todos los ángeles y santos juntos.

La serpiente, el animal repugnante que se encuentra bajo los pies de la Inmaculada, nos recuerda el pecado original y nuestros pecados personales; nos hace experimentar la inmensa distancia que hay entre el ideal y la

realidad y despierta en nosotros un profundo espíritu de penitencia y un vigoroso anhelo por el ideal.

El que se arrodilla lleno de fe ante la imagen de la Inmaculada, se siente involuntariamente impulsado a agradecer a Dios de corazón por la grandeza, poder y bondad que desplegó al crear a la Santísima Virgen. Un gozoso Magnificat brota de sus labios.

¯Bienaventurados los limpios de corazón!

El que desea agradar a Dios, ha de aspirar a la pureza conforme a su estado.

La pureza es un don escaso pues solamente a pocos resulta dominar el desorden de su vida instintiva.

La pureza conforme al estado destrona la presunción y la sensualidad.

Cuanto más puro sea nuestro ser, nuestro pensar, nuestro querer y sentir, y cuanto más transfigurada sea nuestra fantasía, tanto más rápidamente nuestro instinto de amor será encauzado hacia Dios, sin privar en nada por ello a los hombres de la riqueza y del calor de nuestro corazón.

Aquel que es puro no domina únicamente su vida instintiva sino también las imágenes de su fantasía y de su memoria.

La pureza despierta y agudiza la conciencia de la dignidad y nobleza que posee una personalidad vigorosa y espiritualizada.

El que es puro ejerce una influencia enaltecedora a su alrededor, porque se halla fuertemente cobijado en el Eterno, en lo Divino.

El brillo de un alma pura se transmite involuntariamente a los ojos. Por eso quienes son puros son siempre maravillosamente hermosos, agradables, atrayentes, aún cuando su cuerpo sea deforme.

El que quiera educar hombres nobles y puros ha de darse a ellos en forma noble y pura.

La educación a la pureza es imposible sin la educación al amor.

El que quiera llevar una vida de pureza, ha de procurar un corazón puro. Todas sus fuerzas de amor han de pertenecer, de manera ordenada, a Dios, y en Él y por Él a los hombres.

Un corazón puro no se envilece, no se esclaviza a las criaturas.

A pesar del pecado original permanece en nosotros un marcado sentido para la nobleza y pureza. Cuanto más lo desarrollamos, tanto más cerca estamos de Dios que es la eterna perfección y pureza.

En toda mujer noble palpita un indecible anhelo de espiritualización, por ser alma, por la pureza.

La flor de la pureza crece únicamente en el jardín de las alegrías nobles.

Una mujer noble ejerce siempre una extraordinaria influencia porque en ella domina el espíritu de pureza y sencilla disponibilidad de servir.

El guardián interior de la pureza es una conciencia cuidadosamente cultivada que previene a tiempo y eficazmente no sólo del pecado sino también de todo lo indecoroso.

Los que se sienten semejantes se atraen. Por eso el hombre puro que ve brillar su ideal de modo maravilloso en la imagen de la Santísima Virgen, se siente tan misteriosamente atraído hacia Ella.

La experiencia comprueba que la Santísima Virgen tiene una capacidad singular para irradiar pureza. Es por eso que un amor esclarecido a María impulsa siempre hacia un profundo amor a la pureza.

La pureza puede conquistarse únicamente al precio de un gran esfuerzo y de una lucha seria y heroica.

La pureza aparta del egoísmo y del egocentrismo, y prepara constantemente para un servicio respetuoso y desinteresado.

El premio de un seria y eficaz aspiración a la pureza, es el crecimiento en el amor a Dios.

En la medida en que somos puros, encontramos siempre a Dios, lo vemos y lo amamos en todas partes. ¨Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios!

Cuanto más pura es una persona, tanto mayor es su influencia en el ambiente que lo rodea, y tanto mayor es el éxito que experimenta en su esfuerzo por transformar la tierra en una parcela del Paraíso.

La reserva de un hombre puro, la distancia y la reciedumbre, son las espinas que protegen su azucena.

Aquel que en una época de placer desenfrenado mantiene en alto y vive el ideal de la pureza de acuerdo a su estado es un héroe y un apóstol de primer rango.

Preocupado por las cosas del Señor

La virginidad cristiana aspira voluntariamente por amor a Cristo y a su Reino, a una permanente integridad de cuerpo y alma.

El sentido de la renuncia de la virginidad es poseer indivisamente a Dios y entregarse en una servicialidad desinteresada a Él y a lo divino.

La virginidad que no produce frutos en el Reino de Dios es engaño a sí mismo y egoísmo. Es una caricatura de la naturaleza humana y un atentado contra el bien del pueblo.

Así como el matrimonio se halla destinado a la fecundidad corporal, así la virginidad se halla destinada a la fecundidad espiritual. Ella anhela servir, abnegada y generosamente a Cristo en sus miembros.

La virginidad constituye el estado de nobleza del Reino de Dios aquí en la tierra.

Ambos sexos tienen derecho a pertenecer a este estado de nobleza. Ambos poseen igual valor ante Dios y la Iglesia.

Así como la Santísima Virgen se llamó a sí misma "Sierva del Señor" y no "Sierva del hombre", del mismo modo la mujer no depende a cualquier precio del hombre para la realización del sentido de su existencia.

Dios no creó el germen de las perfecciones humanas en un solo sexo, sino que lo repartió entre el varón y la mujer. Por esto ambos sexos están llamados a una mutua complementación.

El hombre y la mujer constituyen en el matrimonio, en la familia y en la sociedad, una elipse de dos focos. De la misma manera como en el matrimonio y en la vida familiar, el hombre es la cabeza y la mujer el corazón, así también han de actuar ambos, según su manera de ser, en la vida pública.

La omnipotencia de Dios depositó en la naturaleza humana el instinto de la procreación, dando a toda la humanidad — pero no en forma individual — el mandato: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra". Su sabiduría llama al matrimonio a cuantos sea necesario para asegurar la continuidad de la raza humana.

La mayoría de los hombres están llamados al matrimonio. Sólo a algunos les llega el llamado a la virginidad. "Hay quienes se hicieron eunucos a sí mismos por amor al Reino de los Cielos. El que pueda comprender, que comprenda".

Dado que el estado virginal aminora en el crecimiento del amor muchos de los obstáculos que se encuentran en la naturaleza humana herida por el pecado original, por esto, en sí mismo es más perfecto que el estado matrimonial. Ello no significa que el hombre virgen sea más perfecto y más santo que el casado. El grado de santidad en ambos estados, queda determinado por el grado de amor a Dios.

En el instinto de procreación se unen la fuerza natural del instinto corporal, del instinto del alma y del instinto de desarrollo y plasmación.

El instinto creador de desarrollo y plasmación impulsa hacia una amplia fecundidad corporal o espiritual, hacia la paternidad y maternidad, hacia la paternidad y maternidad espiritual.

En la mujer — a diferencia del hombre — el instinto del alma se halla fuertemente desarrollado. Es por eso que ella tiene la importante tarea de

preocuparse de manera especial por el elemento espiritual del amor en el matrimonio y en la sociedad. Pero si en ella se rebela el instinto, entonces se produce una catástrofe que obra como un fuego devastador.

El hombre célibe renuncia por amor a Dios y a las cosas de Dios al libre ejercicio del instinto corporal pero no al desarrollo natural del instinto del alma y del instinto de desarrollo y plasmación según su propio sexo.

El que es virgen puede dar y recibir amor paternal o maternal, filial y fraternal o de amistad de manera agradable a Dios.

Pero renuncia enteramente al amor nupcial y busca directamente en Dios la complementación y el cobijamiento que los esposos encuentran en su biunidad de cuerpo y alma.

Se coloca en una posición de gran reserva en lo que se refiere a amistades con el sexo contrario porque ellas podrían turbar su integridad.

Lo que se ha renunciado a poseer, en forma alguna ha de ser gozado, sea con las manos, con los ojos, con el corazón o con la fantasía.

El hombre célibe sólo encuentra eficazmente su complementación u cobijamiento en Dios, si a través de vivos actos de fe, experimenta la cercanía de Dios como la realidad más grande de su vida y se une permanentemente a Él por medio de los más íntimos actos de amor.

La virginidad cristiana es una confesión viva acerca del Dios vivo y revelante y por eso constituye para el mundo, en cuanto está exclusivamente orientado a lo terreno, un serio motivo de intranquilidad.

Ella salva la fe en la nobleza moral de la naturaleza humana.

Quien siendo célibe, como virgen, no busca apoyo en el brazo de un cónyuge, debe tratar de realizar la totalidad a la que se aspira y se logra en la sociedad conyugal, apoyado sólo en sí mismo y en Dios.

El hombre se halla, por naturaleza, más inclinado a ideas, a lo reflexivo y objetivo. En la mujer hay un impulso mayor por lo vital, por un conocimiento intuitivo y por una entrega personal.

La aspiración religioso–moral de quien vive virginalmente se dirige permanentemente hacia una posesión sana — basada en Dios — del modo de ser masculino, femenino en cuanto corresponden a virtudes complementarias que sólo aparentemente se contraponen. La fuerza masculina y su modo típico de conocer es suavizado por la bondad y delicadeza femeninas en el ayudar, guardar y cuidar.

Estas virtudes complementarias son expuestas en la consagración eclesial de las vírgenes de un clásico. Ella pide y exige de las vírgenes disciplina prudente (prudens modestia), bondad sabia (sapiens benignitas), suavidad recia y libertad pura (casta libertas).

La virginidad es un ideal demasiado alto y noble como para que pueda ser objeto de una orden. Se trata tan sólo de un consejo que se dirige a los grandes y generosos. Todos aquellos que esperan un mandato no son llamados a la virginidad. Por eso dice el Apóstol: "En orden a las vírgenes, precepto del Señor no tengo. Doy, sí, consejo como quien por la misericordia del Señor es digna de crédito" (1Cor 7,25)

A la virginidad acompaña necesariamente como complemento y manifestación, la maternidad espiritual. Sin maternidad ella pierde su fecundidad, se torna egoísta y se aleja de los hombres.

Ser virgen significa abrirse y ofrecerse enteramente a Dios y a las cosas de Dios. Pero también significa mantenerse incólume y resguardado frente al mundo y a lo mundano.

El amor a la soledad es el rasgo fundamental del alma virginal.

La soledad supone siempre dualidad con Dios, y por eso no hay en ella desolación. "El que no tiene mujer, anda solícito en las cosas del Señor, en lo que ha de hacer para agradar a Dios" (1Cor 7,32)

La nobleza, el encanto y fecundidad de un alma pura y virginal reside en el dominio de su vida instintiva. Se halla tan profundamente arraigada en Dios que eleva por esto espontáneamente a los hombres hacia lo eterno.

Las almas virginales irradian una atmósfera maravillosa. Atraen a los hombres de manera misteriosa, pero los mantienen al mismo tiempo, respetuosamente distantes.

Porque la virginidad se asegura gracias a una fructuosa aspiración por la libertad interior y por permanecer exteriormente intocado conforme a su estado.

El hombre virginal no aspira únicamente a ser interiormente libre sino que también aspira a la integridad interior de todas sus capacidades, para que Dios en él sea todo en todo. "¨Deus meus et omnia!" ¨Mi Dios y mi todo! Este es el sentido último y más profundo de la virginidad.

El sentido positivo de la virginidad es poseerse y querer darse. La virginidad renuncia para poseer. Quiere poseer indivisamente al Dios Eterno y ofrecerse enteramente a Él y a sus intereses.

La virginidad eleva al hombre por sobre todo lo humano, lo asemeja ya en su carne mortal a los ángeles y lo pone en la cercanía inmediata de Dios.

Las almas puras, virginales, poseen un órgano sensible para encontrar y amar a Dios en las criaturas. Todo lo existente es para ellas un mensaje de Dios que las eleva a lo eterno. Así podemos comprender la bienaventuranza del Señor: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt 5,8).

La auténtica virginidad no se abre únicamente a Dios sin que en Dios y a través de Dios, a los hombres.

Una virginidad mal entendida y vivida es muchas veces el motivo por el cual no se plasma el hombre noble cristiano y por el cual el cristianismo es despreciado.

Ser célibe significa ser madre, ser padre, significa preocuparse abnegadamente por el prójimo.

La mujer virgen es toda alma, toda entrega, toda pureza.

La virginidad se siente obligada a servir maternalmente a todo ser humano.

Tiene un sentido sensible para descubrir el dolor y el sufrimiento humano.

La virginidad es riqueza desbordante. Su vinculación a Dios le permite derramar una y otra vez su riqueza de amor sobre la humanidad.

La auténtica virginidad no se da únicamente a Dios sin que a través de Dios, también a los hombres. Y esta actitud de entrega y de comunicación la libra de lo amargo, de lo áspero y de lo duro.

Debido a que la virginidad cristiana es ejercida en Dios y a causa de Él significa un gran enriquecimiento de la naturaleza humana y nunca empobrecimiento, mutilación o falta de fecundidad.

La fecundidad de la virginidad se halla en la maternidad virginal, en la servicialidad virginal.

La virginidad siempre es vigorosa porque se halla desposada con la Vida infinitamente plena y fuerte, con el Dios Eterno y Poderoso, del cual procedemos y al cual el alma virginal aspira con todas las fibras de su ser.

La virginidad no libera del deber de sacrificarse por el bien del prójimo.

El hombre virgen renuncia al amor nupcial y a la dicha del hijo propio porque su riqueza de vida es tanta que quisiera participarla al mayor número posible de seres. Ha de ser padre o madre espiritual de incontables hombres. Así la Santísima Virgen no es únicamente Virgen de las vírgenes, sino que es al mismo tiempo madre de toda la humanidad.

Las almas virginales son fecundas para la vida familiar y para la patria. Emplean sus fuerzas y su libertad para el servicio de Dios y de la comunidad. Además, a través de su vigorosa y lúcida vida de sacrificio, demuestran que es posible dominar la vida instintiva por amor a Dios. De esta manera muestran a los casados — según sea la voluntad de Dios — el camino a la renuncia o el de una rica bendición en hijos.

Las páginas de la historia de la Iglesia están llenas de maravillosos relatos de las obras de amor al prójimo y al trabajo pastoral. Ellas entonan un cántico de alabanza a la fecundidad de la virginidad.

Todo lo que el alma virginal hace o deja de hacer, la forma como ser mueve y se da, lo que piensa y habla, todo ha de llevar el sello de la más noble virginidad.

Cuando se piensa en la virginidad, se piensa en hombres enteramente puros. Ninguna mirada habla de apetitos inferiores y ningún rasgo de satisfacción terrenal. Sobre su frente brilla un resplandor de eternidad y cada movimiento suyo va diciendo: ¨Soy la esposa del más excelso de los reyes! ¨Mi Madre y Soberana es la Inmaculada!

La virginidad es la expresión de un gran amor a Dios y al sacrificio y es un excelente medio de probar y acrecentar este amor.

Nuestra época no necesita solamente panegiristas de la virginidad en palabras sino y más aún, en hechos. Toda la actividad y el trato de un alma virginal han de significar un medio de atracción hacia esta virtud tan rara y tan fecunda.

El hombre virginal mortifica sus sentidos y renuncia a algunas cosas agradables con el fin de que su corazón y su espíritu puedan pertenecer más fácil e indivisamente al Señor.

El alma virginal no ha de admirarse si es hallada digna de ser clavada en la cruz con el Puro entre los puros.

El que se siente llamado al estado de virginidad, se siente al mismo tiempo atraído, de manera misteriosa, hacia la imagen de la Santísima Virgen, porque Ella encierra en sí todo lo noble y fecundo de la virginidad.

Así como la Madre virginal del Señor, así también el alma virginal ha de ser reina. Ha de reinar libremente sobre el desorden de la vida instintiva y como reina ha de elevarse sobre el espíritu del mundo y del demonio.

El alma virginal brillará en la eternidad con un resplandor maravilloso. Recibirá una corona singular y podrá cantar un cántico nuevo en la cercanía del Cordero, un cántico que otros no podrán cantar.

La alabanza que dirige la Sagrada Escritura a la castidad es válida de manera sobresaliente con respecto a la virginidad que es la corona de la castidad: "¨Oh, cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! Inmortal en su memoria y en honor delante de Dios y de los hombres".

La virginidad participa a todas las otras virtudes su donaire y su esplendor.

El estado virginal es y será siempre la flor de la Iglesia.

Aquel que se sumerge profundamente en el mundo de valores de la virginidad, es ante Dios un niño sencillo y frente al mundo la mujer fuerte de la Sagrada Escritura.

Filialidad, virginidad y la mujer fuerte se hallan, en último término, en un mismo nivel.

La virginidad es la mayor riqueza y el más bello adorno de un alma noble. Si una vez ser pierde, se pierde para siempre.

En la luz de la Inmaculada

El espíritu de inmaculada es una planta del paraíso, una flor que brotó en el paraíso y que aquí en la tierra sólo puede crecer en un suelo paradisíaco y que quiere ser trasplantada en el jardín paradisíaco de la visión beatífica.

El espíritu de inmaculada no se contenta con no tener pecados. Aspira ya aquí en la tierra a una cierta impecabilidad.

Dios dio a Adán y Eva, antes de su caída, el "donum gratiae", el don de la gracia santificante, y el "donum integritatis", el don de la integridad y del estar libre de los apetitos desordenados. A causa del pecado original estos dones se perdieron para la humanidad. Pero Jesús, con su muerte redentora, nos devolvió el "donum gratiae", la gracia santificante, y nos dio como misión reconquistar con su ayuda el "donum integritatis". Esta misión alcanza su fin pleno con la visión beatífica. Este gran objetivo es siempre un ideal aquí en la tierra que sólo puede ser realizado en forma modesta.

Tan sólo la Santísima Virgen posee toda la pureza, virginidad y plenitud de gracia del paraíso. En virtud de los méritos de Cristo, Ella fue librada por su Inmaculada Concepción de la mancha del pecado original. Por eso no conoció el desorden en su vida apetitiva, el que ocasiona tanto sufrimiento y lucha a los hijos de Adán. Con el "donum gratiae", Dios le dio a Ella al mismo tiempo, el "donum integritatis".

Es una gran dicha y tranquilidad para el corazón humano el saber que ha habido por lo menos un ser humano que haya pasado por esta tierra en forma totalmente pura e intacta, en perfecta integridad: la Santísima Virgen.

La Bendita entre las mujeres es la abanderada de un movimiento a favor de la virginidad y del espíritu de inmaculada.

El grado de impecabilidad alcanzable aquí en la tierra, presupone siempre un amplio y profundo proceso de purificación.

Cuando Dios llama a la santidad heroica exige también una purificación y un acrisolamiento. Pero la naturaleza humana herida por el pecado original se halla dependiente en tal alto grado de sí misma y de todo lo creado, que Dios debe obrar generalmente a través del fuego purificador de la noche de los sentidos y del espíritu.

La mujer noble se enciende por el ideal de María y en especial por el rasgo de inmaculada de Aquella que el Virgen y Madre Purísima, inmaculadamente concebida.

Aquel que quiere realizar los rasgos de inmaculada de su imagen de María, ha de vivir continuamente en la presencia de Dios.

El manantial del espíritu de inmaculada es el Hijo en los brazos de María.

El que aspira al espíritu de inmaculada, a una eficaz e iluminada pureza instintiva, ha de dirigir sus esfuerzos primeramente hacia la pureza obligatoria y generosa.

La imagen de la Inmaculada despierta en nosotros esta ferviente súplica: "Haz de mí una pequeña Inmaculada. No me libres únicamente del pecado y de los movimientos desordenados del apetito, sino que también, y en cuanto ello es posible aquí en la tierra, líbrame incluso de mis apetitos desordenados".

La inquietud de nuestro corazón y todos los sueños de nuestra vida, son en último término, sueños de Paraíso. El anhelo por el Paraíso perdido, es decir, por la perfecta transformación, transfiguración y divinización de nuestro ser, de toda la humanidad y de todo el mundo, no nos deja tranquilos.

El ideal de inmaculada despierta los más profundos y ocultos anhelos del hombre noble.

El anhelo de amplitud, de grandeza, de profundidad, la búsqueda de una plena serenación de los instintos y de una armonía plena entre el hombre instintivo y el espiritual, este es el noble grito del alma por el hogar, por el ideal de inmaculada.

Cada cual puede adoptar su imagen de María original pero nadie ha de prescindir de los rasgos de la Inmaculada.

La tierra fecunda en la cual crece el espíritu de inmaculada es el constante desprendimiento de sí mismo y la vinculación al Dios Eterno.

Quien aspira al espíritu de inmaculada, no excluya en la imagen de la Inmaculada los rasgos de la "Mater dolorosa".

La divinización de nuestra naturaleza caída, presupone siempre una purificación. El alma que en el espíritu de inmaculada, aspira a una plena divinización de su naturaleza, debe someterse, para esto, a un continuo y profundo proceso de purificación. "El Padre poda los sarmientos para que den más fruto".

La fuerza de la gracia quiere formar hombres que dominen de tal modo su vida instintiva que puedan tener bajo los pies la naturaleza y el mundo.

Lo que para la Inmaculada era un don, para nosotros es una tarea que no podemos realizar plenamente en este mundo. Tan sólo en la visión beatífica

alcanzaremos el grado de impecabilidad que tanto hemos anhelado en la tierra.

¨Inmaculada, protege a tu hijo! ¨En ti no hay mancha alguna de pecado original! ¨Eres más pura que la nieve recién caída y que el más albo vestido! ¨Despierta en mí el anhelo por el espíritu de inmaculada y haz que se eleve al cielo como una llama sagrada!

¨Ayúdame a poner tan alto la meta de la educación, autoeducación, que en él se dé un poco del paraíso!

El ideal de inmaculada es el grado más alto de la madurez religioso–moral.

El camino que conduce al espíritu de inmaculada no se halla únicamente sembrado de espinas sino también de rosas. Muchas veces el Señor mismo toma en sus manos la purificación de las almas que aspiran, y mientras las expone al fuego santificador, que quema y acrisola, les regala al mismo tiempo una misteriosa luz beatífica.

En lo íntimo de todas las revoluciones populares se esconde el profundo anhelo por el Paraíso perdido.

Tal como cada hombre lleva en el fondo de su alma el retrato de su madre, así vive en el corazón de la humanidad un constante y misterioso recuerdo del Paraíso perdido.

Aquel que aspira al espíritu de inmaculada, crece sobre tierra paradisíaca. Se esfuerza — así como Adán y Eva antes de la caída — por permanecer en un continuo contacto de amor con Dios y transmite a su alrededor una atmósfera de paraíso, el espíritu de pureza y amor arraigados en Dios.

Desde que la serpiente inyectara su veneno en el paraíso, se esfuerza siempre por conducir al error los anhelos de paraíso de la humanidad.

Cuanto más descontentos estamos de nosotros mismos, tanto más crecen nuestros anhelos por el Paraíso. Y cuanto más fuertes los anhelos, tanto mayor es la voluntad de reconquistar el Paraíso, unidos íntimamente a Dios y a su gracia.

Cuanto más aspira el hombre a la plena madurez del hijo de Dios, con tanta mayor profundidad palpa la división en su naturaleza caída y tanto mayor es en él este deseo: ¨Si fuera como Adán y Eva en el Paraíso! ¨Si fuera como la Inmaculada! ¨Si tuviera la inocencia paradisíaca, la libertad, pureza y santidad del Paraíso!

El espíritu de inmaculada es la tierra virgen de una familia religiosa.

Al acercarse la muerte deberíamos habernos acercado tanto — con la ayuda de la gracia — al "donum integritatis" y a la reserva de nuestro ser fundada en Dios, que la visión beatífica pudiera significar una culminación del proceso de transformación logrado en la tierra.

En Cristo Jesús

La Segunda Persona de la divinidad asumió una naturaleza humana sin mancha alguna.

Ahí donde está el Señor se irradia una atmósfera de pureza.

Cristo eligió como Madre a una Virgen pura, como padre adoptivo al casto José y como discípulo predilecto a un hombre puro, Juan.

Si la Iglesia se llama a sí misma la Esposa de Cristo, entonces las almas virginales han de ser consideradas, en forma destacada, como esposas de Cristo, puesto que ellas constituyen la nobleza de la Iglesia y siguen, en integridad corporal y espiritual, al Cordero donde quiera que vaya.

La relación nupcial del alma virgen con Cristo es una relación exclusiva y permanente.

Todo aquel que se halla en estado de gracia y que es miembro del Cuerpo Místico de Cristo, puede ser considerado como esposa de Cristo.

San Pablo escribe a los Corintios, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, casados y solteros, "pues os tengo desposados con el único Esposo, para presentaros a Cristo como una casta virgen".

La Santísima Virgen es la Madre corporal y la Esposa espiritual de Cristo.

Hablar de un desposorio con el Señor significa una profunda y misteriosa comunidad de ser, de vida, de destino y de tareas con Cristo.

A través de los sacramentos, con preferencia de la Sagrada Eucaristía, entramos en íntima relación con Cristo transfigurado. Él quiere hacernos así partícipes, ya aquí en la tierra, de su vida transfigurada.

Por su redención, Cristo nos devolvió al principio, tan sólo, el "donum gratiae", la gracia santificante. Pero para que nos mantuviéramos en la humildad nos negó el "donum integritatis", el don de la integridad. Este don hemos de recobrarlo a través de una constante unión con Cristo aquí en la tierra, pero en su plenitud sólo nos será dado en la eternidad.

La relación nupcial con Cristo es el santo secreto que el alma pura guarda cuidadosamente y la mantiene viva gracias a tiernas e íntimas galanterías.

El que desee pertenecer entera e indivisamente al Señor, ha de contar con la cruz y el sufrimiento.

La verdadera esposa de Cristo se desprende de todo apego desordenado a la propia carne, al placer de la vida y a su propia voluntad.

La vinculación a Cristo transfigurado hace de nosotros, siempre en mayor grado, vasos espirituales.

Quien desea vivir pura y virginalmente, ha de buscar en Jesús, la fuente de su fortaleza y del dominio de su vida instintiva.

Avidez del yo y del mundo son los enemigos de la relación nupcial con Cristo.

Si el corazón y el alma han de pertenecer entera e indivisamente a Dios se debe vigilar las puertas del alma — los sentidos — y no pocas veces deben cerrarse.

Para que el alma pueda estar libre para Dios ha de desprenderse de todo apego desordenado a lo mundano.

Lo más íntimo del alma pura es un tálamo nupcial para Cristo.

¨Que nunca se apague el resplandor de la pureza en nuestro corazón y en nuestra frente! Por eso, haz que bebamos diariamente la Sangre y comamos el Pan del que se alimentan las almas puras y virginales.

Los esposos cristianos se hallan unidos por un triple vínculo: el vínculo natural de la unión de carne y sangre y las diferencias de los sexos y el vínculo sobrenatural del sacramento.

Ya en la mañana de la creación tejió Dios en su sabiduría y bondad el vínculo de unión de carne y sangre. Formó a Eva no de la tierra como a Adán sino de la costilla del hombre que dormía. Esta unión es un motivo fundamental para la mutua atracción de ambos sexos. Adán reconoció esto y por eso dijo: "Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Ge 5,28). "Por cuya causa dejará el hombre a su padre y a su madre y se harán una sola carne" (Ge 2,24). San Pablo dice en el mismo sentido: "Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Quien ama a su mujer se ama a sí mismo" (Ef 5,28).

La experiencia cotidiana enseña cuán fuertemente unen y atan a ambos las características corporales y espirituales de los dos sexos.

Cuanto más marcadas sean las características de los dos sexos, cuanto más varonil sea el hombre y más femenina la mujer, tanto mayor será la atracción mutua.

Las relaciones prematuras e intensas entre ambos sexos — como ser en los noviazgos de adolescentes — conducen a una mezcolanza que no permite que maduren suficientemente las cualidades propias de cada sexo, con lo que se priva a la futura vida matrimonial de un vínculo más enriquecido.

El mayor vínculo entre los esposos es el sacramento.

El sacramento hace del matrimonio imagen y símbolo de las relaciones entre Cristo y su Iglesia.

Así como Cristo "amó a su Iglesia y se sacrificó por Ella para santificarla… a fin de hacerla comparecer delante de Él llena de gloria, sin manchas ni arrugas,

ni cosa semejante", así ama, santa y sacrificadamente el esposo cristiano a su mujer, y así como la Iglesia está sometida a Cristo así obedece la mujer con sumo respeto a su marido.

La Alianza de amor de Cristo con su santa Esposa, la Iglesia, es manantial abundante de fuerza y de gracia para el matrimonio cristiano.

El sacramento del matrimonio es llamado a veces, consagración de los padres. Con esto se desea expresar que así como por el orden sagrado los padres espirituales del pueblo son consagrados en Cristo para la administración de la vida divina, de manera semejante los padres se hallan santificados y consagrados por el sacramento para la sagrada tarea de despertar y cuidar la vida natural.

De la misma manera como el sacerdote recibe a través de la ordenación el derecho a todas las gracias que lo capacitan para ser padre de su pueblo, así también los esposos, por medio del sacramento, reciben el derecho a todas las gracias necesarias para el cumplimiento de sus deberes y para la conservación de la pureza en su estado.

Aquel que desea alcanzar la pureza según su estado, ha de mantener siempre abierto el camino hacia Cristo.

Porque Cristo eligió como camino hacia nosotros a su Madre, el camino mariano es el mejor, el más seguro y el más corto para llegar a la íntima unión con Cristo y a la plenitud en Dios.

"Per Mariam ad Jesum". Por María a Jesús. Esto no es un camino apologética sino un camino ascético.

El hombre ha de aprender a conocer y amar, por lo menos en algo a Cristo, el sol de justicia y santidad, antes de poder ver y apreciar bajo esta luz a María, su Madre. Ella es sólo un reflejo, un espejo de su magnificencia. Por tanto, el camino apologética lleva de Jesús a María.

Pero una vez que se ha encontrado a Cristo, y en Él a María, entonces la Santísima Virgen ayuda a acrecentar el amor a Cristo. "Per Mariam ad Jesum", por María a Jesús.

La Santísima Virgen es la portadora y servidora oficial de Cristo.

El que ama a Cristo ama aquello que le es caro y precioso. Por eso el auténtico amor a Cristo conduce a un fervoroso amor a María: "¨Per Jesum ad Mariam!"

El amor a María da una marcada seguridad instintiva católica y una receptividad sobrenatural para los valores, porque capta fuertemente el corazón y arraiga a toda la persona en el mundo sobrenatural. Sólo desde lo sobrenatural puede ser comprendida plenamente la grandeza y dignidad de María y de nuestra lucha por la pureza.

Integridad llena de espíritu

El alma que se mantiene libre del pecado venial y mortal y del apego desordenado a las creaturas, es interiormente intacta[1].

La integridad conforme al estado como expresión de una profunda actitud del alma, es una joya preciosa que el Dios puro y totalmente santo ofrece al alma pura.

Las almas virginales se tocan como las estrellas por su luz y como las flores por su aroma.

Aquel que desee vivir puro ha de preocuparse de una educación a la integridad conforme a su estado.

Si lo más profundo del alma pertenece a Dios no será difícil mantener el encanto de una integridad inmaculada.

Aquel que desee pertenecer íntegramente a Dios, no ha de contentarse con aspirar únicamente a una integridad corporal sino que todo en él ha de impulsar a una santa integridad del alma. La fantasía y la inteligencia buscan en todas partes a Dios y el sentimiento y la voluntad se hallan ansiosos de entregarse indivisamente al Dios Uno y Trino.

Aquel que se sumerge en el esplendor y la pureza de Dios, es adornado con el don de la pureza, de la integridad y de la nobleza.

El verdadero amor encierra dos líneas: una que avanza, es decir, el deseo de entrega; y una que retrocede, que es la actitud de respeto. La integridad conforme al estado es expresión y seguro del respeto.

La falta de integridad implica carencia del respeto querido por Dios.

Si el amor no ha de descender a lo meramente animal, deberá esforzarse por alcanzar una vigorosa integridad y una santa distancia acorde al propio estado.

Una integridad donosa y llena de espíritu ejerce una irresistible y enaltecedora influencia en todos.

En la escuela de la devoción mariana, el capítulo de la integridad ocupa un lugar muy importante.

Noble integridad es una hermosa flor del estilo mariano.

El más hermoso adorno de una mujer es la pureza y la integridad.

---

[1] N.T. Entiende el autor aquí un rasgo de la pureza — el no ser tocada — que es índice de la pertenencia en el amor a un solo tú humano o divino. La “regula tactus” es la norma que protege de entrada esta integridad y que indica no tocar a otro más allá de la expresión del saludo tradicional.

Quien desee cultivar la integridad exterior habrá de esforzarse seriamente por una disciplina interior. Un corazón que no sabe dominar el desorden de la vida instintiva, no es capaz de mantener por mucho tiempo el respeto y la distancia.

Cuanto más los hombres se entreguen con un amor noble, tanto más deben conservar los límites de la integridad, pues de otra manera, el amor se convierte en un fuego impuro, que por todas partes deja sus escombros.

El amor propio y el egoísmo son falta de integridad llena de espíritu.

Cuanto más desinteresada, noble, pura e intacta es una persona, tanto más puede convertirse en padre o madre de su pueblo. Es como un ser del otro mundo que señala vigorosamente por encima de sí misma.

Si los hombres desean ofrecer su amor a los padres y madres del pueblo sin peligro propio, habrán de ir hacia ellos con un corazón bondadoso y con manos santas e intactas.

El amor que no es inconmoviblemente fiel, no sabe de distancia ni de integridad.

El que cultiva sanamente su relación de amor con Dios, tendrá un corazón puro y todo su ser obrará como un continuo "sursum corda"[2].

Si el amor traspasa los límites de la integridad, se debilita, pierde su fuerza y puede llegar a caer en el lodo y en el pecado.

La actitud interior de integridad nace de una entrega indivisa a Dios.

Un enemigo peligroso de la integridad es la compasión.

Si queremos comparar lo grande en una mujer con un árbol, vemos que su raíz es la filialidad intacta, su tronco, la maternidad abnegada y servicial y sus ramas y frutos, una visión intuitiva de la verdad.

Con sencilla naturalidad vemos en el otro sexo no en primer lugar su ser sexual. Según la ley de hacer transparente hacia Dios todo lo creado y lo sexual, vemos más bien al hijo de Dios[3].

---

[2] N.T. "Levantemos el corazón", del Prefacio de la Santa Misa.

[3] N.T. Una fe práctica y existencial en la Divina Providencia nos lleva a considerar cada cosa en su valor propio y en su valor simbólico. La realidad sexual — órganos y actos — está cargados de significado simbólico por estar en estrecha ligación a la realidad del amor y de la creación en el procrear y por ser expresión del modo de ser masculino y femenino.

Muros protectores

Así como en las intenciones del Creador está que los párpados protejan los ojos, quiso Dios que el pudor fuese un medio de protección natural para la pureza.

El sentimiento de pudor es una búsqueda instintiva de la naturaleza por cubrir lo que es menos noble a fin de guardar y proteger la dignidad de la propia personalidad.

Antes del pecado original no existía el pudor, ya que la naturaleza no conocía quebranto, división ni movimientos desordenados.

Después del pecado original, el sentimiento del pudor quiere recordarnos nuestro estado de naturaleza caída, conducirnos confiadamente a los brazos paternales de Dios y servir de contrapeso instintivo frente al desorden de la vida instintiva.

El sentimiento de pudor se hace presente frente a cada desorden de la naturaleza, en especial en la rebelión de la carne, ya que el instinto sexual fue especialmente herido por el pecado original.

A causa del pecado original la vida sexual sufrió tan gran desorden, que la voluntad apoyada por la gracia no puede restablecer sola la armonía si no se desarrolla cuidadosamente este contrapeso en la misma vida instintiva.

Por la gran importancia que tiene el sentimiento de pudor en la educación a la pureza, éste ha de ser cuidado lúcida y eficazmente.

El sentimiento de pudor es un instinto ciego, por eso, como la vida instintiva misma puede estar sano o enfermo.

La actuación del pudor sano es una advertencia valiosa y una protección de la naturaleza.

Es un muro protector vigoroso para la pureza y para todas las virtudes.

Un sano sentimiento de pudor no teme a su propio cuerpo y a lo que deba hacerse en pro del cuidado de la salud. Sabe guardar también los límites del respeto y no expone innecesariamente su cuerpo a sus propios ojos ni a los ajenos.

El cuerpo participa de la dignidad y la nobleza del alma, ya que es su espejo, su instrumento y compañero.

El cuerpo del cristiano es un templo, una habitación de la Santísima Trinidad, un miembro del Cuerpo de Cristo que ha sido comprado y redimido por la Sangre preciosa del Hijo de Dios.

El cristiano no desprecia su cuerpo ni lo adora.

Él considera a su cuerpo con un amor respetuoso en el espíritu de una ascética esclarecida de consagración.

El vestido es una expresión veraz de la personalidad y del estado de vida. Es un medio de protección para el cuerpo frente a las inclemencias del tiempo y del pudor frente a los peligros que le amenazan.

El estado del alma determina esencialmente la forma y el color del traje.

Diversa es la vestimenta del hombre y de la mujer, diversa en el duelo y en la alegría, diversa en la juventud y en la vejez, diversa en los laicos y en los religiosos, diversa para la virgen y para la mujer casada.

Como la mujer posee en sí misma una marcada tendencia a ser toda alma, toda pureza y toda entrega es que al elegir su vestido se deja determinar por el instinto de cubrir, en cuanto sea posible su cuerpo y sus formas.

Las manifestaciones enfermizas del sentimiento del pudor son la falta de sentido del decoro o una timidez exagerada.

La timidez exagerada y enfermiza se funda en la falta de conocimiento y visión sobrenaturales y en la carencia de una transfiguración instintiva de las realidades sexuales.

Todas las leyes de la procreación han sido dictadas por la sabiduría, la omnipotencia y el amor del Padre Celestial.

Dios participa a creaturas mortales su omnipotencia creadora, en la generación humana, despertando de esta manera el más profundo amor de los padres por los hijos y, por tanto, también amor y responsabilidad en las relaciones de los hombres entre sí.

Si el sentimiento de pudro es regulado por el entendimiento iluminado por la fe y por la voluntad, éste se convierte en la virtud del pudor y de la honestidad.

La virtud de la honestidad elimina todo lo que pudiera significar, aún lejanamente, un peligro para la pureza. Ella ordena según el querer de Dios, todos los contactos, las caricias y las representaciones e imágenes de la fantasía.

La mejor protección para la virtud de la honestidad es una conciencia delicada.

La virtud de la honestidad trata al cuerpo con un amor respetuoso pero al mismo tiempo con sabio rigor.

Cuanto más perfectamente divinizado es el hombre, con tanta más naturalidad y claridad puede mirar toda la creación con los ojos de Dios, pero sabe también al mismo tiempo aplicar con delicadeza y conciencia la "regula tactus".

Todo aquel que desee alcanzar verdadera naturalidad, ha de pensar, sentir y obrar en forma casta y pura.

La naturalidad y el decoro no implican ignorancia de lo sexual.

Al traer el ángel el mensaje de Salvación a la Santísima Virgen, Ella sabía acerca del misterio de la vida sin que por eso hubiera la menor sombra en su pureza: "¿Cómo ha de ser eso pues yo no conozco varón?"

Existe por un lado la pureza y naturalidad que sabe de la vida y que está fundada en Dios y una inocencia que ha de probarse aún en la vida.

El varón y la mujer son atraídos misteriosamente como por hilos magnéticos e impulsados a constituir una biunidad.

La delicadeza es un fino sentimiento del decoro fundado en Dios. Le confiere a la pureza y a la virginidad un fino aroma y encanto.

Si el alma virginal desea conservar sin mancha su esplendor ha de esforzarse por alcanzar un fino pudor y decoro.

La generosa e inexorable fidelidad a Cristo y a sus más leves deseos es el manantial vigoroso del pudor y del decoro.

Cada infidelidad contra la conciencia despierta en el alma noble el sentimiento de culpa.

El sentimiento de culpa puede surgir a causa de un pecado o de una imperfección. En el primer caso se habla de un sentimiento de culpa moral–teológico y en el segundo de un sentimiento ascético de culpa.

Donde falta sentimiento de culpa, allí falta conciencia de pecado. Donde falta conciencia de pecado, allí falta necesidad de redención. Y donde falta necesidad de redención, allí faltará la necesidad de un Redentor.

La expresión más delicada de un sensible sentimiento del pudor es la honestidad.

Si queremos comparar la pureza con un castillo, podemos considerar el pudor y la modestia cristiana, como las torres que lo protegen. En tanto estas torres se mantengan en pie, no hay que temer por la suerte del castillo.

La liturgia es la escuela del tacto cristiano. Enseña a caminar y a detenerse, sentarse y actuar con nobleza. De esta manera muestra el camino para cultivar el pudor y la modestia.

Porque la naturaleza femenina se halla especialmente dispuesta a lo sentimental y a lo afectivo, Dios la ha dotado de un marcado sentimiento de pudro y de modestia.

Lo que el hombre elabora trabajosamente a través de largas reflexiones, la mujer lo alcanza rápida y con seguridad instintiva gracias a sus sentimientos.

Es por eso que en la formación de la mujer, la educación del pudor desempeña un papel importante.

Dios ha dotado a la mujer de un fino sentimiento del pudor y del decoro para el bien mismo de la humanidad. A través de una cuidadosa educación de este don divino, la mujer permanece como un misterio frente al varón, lo cual ordena y eleva de manera maravillosa y eficaz la vida instintiva del hombre y de gran fecundidad a las relaciones mutuas.

El estado moral de un pueblo se mide por el sentimiento de delicadeza de sus mujeres y por la valoración que el hombre confiere a la mujer noble y honesta.

Aquellas que por seguir la moda y el culto del cuerpo rompen el velo protector del sentimiento del pudor, despertando los apetitos sensuales de los hombres, se constituyen en sepultureros de su pueblo.

La mujer que a través de su manera de ser refleja un sentimiento de delicadeza natural y sobrenatural, contribuye esencialmente a la salvación del ideal de mujer a través de los escollos y tempestades de la época.

Aquel que roba a la mujer su pudor y su delicadeza, le arrebata un poderoso apoyo para la perfección moral de su personalidad.

Cuanto más noble y puro es el hombre, tanto mayor es su vergüenza y dolor ante cada desorden de su naturaleza.

Lo que cada persona piensa y hace en los más ocultos repliegues de su vida, eso es lo que forma con mayor fuerza el núcleo de su personalidad.

Torres inexpugnables

La virtud de la pureza debe ser protegida por cinco torres, altas e inexpugnables. La primera torre es la de un profundo amor a Dios, la segunda, es la de una profunda humildad, la tercera es la mortificación esclarecida, eficaz, la cuarta es el trabajo creador y la quinta es la alegría distensionada y noble.

La educación a la pureza sólo puede realizarse eficazmente en el contexto de una educación religioso–moral plena.

La protección más segura para la pureza es un amor grande y tierno a Dios.

Jesús promete a los puros, en el sermón de la montaña, un crecimiento especial en el amor a Dios: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios". Él pudo haber dicho también al revés: Bienaventurados los que miran a Dios porque ellos tendrán un corazón puro.

El amor noble tiene su fuente, su corona, su protección y seguridad, en el amor a Dios.

Todo lo que favorece el amor a Dios sirve en la misma medida a la castidad.

Cuanto mayor es el amor a Dios, tanto más segura se encuentra la pureza.

Una eficiente educación a la pureza ha de ser siempre una esclarecida educación para el amor.

Todo amor humano que no sea una forma de amor a Dios, está siempre en peligro de ser infiel y de perderse en las regiones más bajas de lo desalmado.

El hombre que con su amor no sube al reino de lo divino, desciende con y por su amor al reino de lo animal.

El amor nupcial que se arraiga y culmina en el amor a Dios, se atiene con fidelidad inquebrantable a las leyes de la naturaleza.

La fidelidad amorosa a las leyes de la naturaleza conserva el amor nupcial cálido, profundo y dichoso, acrecienta la fortaleza moral y la resistencia corporal y espiritual, atrae una especialísima bendición de Dios sobre los padres, los hijos y los nietos y proporciona un instinto seguro para la concepción y educación de los hijos.

Así como los matrimonios fieles a las leyes de la naturaleza constituyen una rica bendición para la Iglesia, el pueblo y la patria, así aquellos que le son infieles comportan una maldición.

El amor primitivo se busca a sí mismo. El amor verdadero se preocupa del amado y de sus intereses.

El amor noble implica siempre, al mismo tiempo, un profundo estremecerse y un delicado enardecerse, un rescatado respeto y una entrega fiel, un cálido regalarse y un guardarse vigoroso.

El respeto es estremecerse ante la grandeza ajena.

El que entrega a su amado el núcleo de su personalidad y se envilece, pierde toda su grandeza y reserva, le priva al amado de su recato respetuoso y así estrangula y mata el amor.

La falta de respeto es el sepulcro de todo amor verdadero.

El hombre no puede ni debe abrir totalmente las honduras misteriosas de su alma y descubrir el núcleo íntimo de su personalidad a otro hombre en cuanto hombre.

La mujer tiene como misión especial educar al varón a una caballerosidad respetuosa y noble gracias al fino velo del misterio con el que cubre su ser puro y a través del aroma de la reserva interior, la cual despierta a la vez cercanía y distancia.

Respeto y entrega engendra respeto y entrega.

El hombre que envaina caballerescamente su espada ante la dignidad de la mujer, despierta y aumenta en todas partes el respeto creador.

El corazón del hombre es demasiado grande y demasiado parecido a Dios para que pueda encontrar plena tranquilidad, satisfacción y contento en una creatura, aún cuando sea la más perfecta. Tarde o temprano las criaturas terminan por indicar hacia lo alto y claman gozosamente al sediento de amor: ¨sube más arriba, hasta que llegues al corazón del Amor Eterno!

El amante es para el amado una llamada de amor y una estación intermedia para el Amor Eterno.

El amor debe encenderse primero hacia los hombres antes que pueda elevarse hacia Dios.

Quien ha recibido y dado un amor humano puro y lleno de Dios, no le es difícil creer en el mensaje del Evangelio que habla del infinito amor de Dios a nosotros, los hombres.

Para que el amor entre los hombres no esclavice y denigre, exige no pocas veces, renuncia y se prepara para grandes desilusiones.

El amor que no sabe renunciar por amor se asemeja a un fuego que se ahoga en su propio humo.

El desengaño en el amor humano, es un don y un llamado del amor de Dios.

Aquel que ama verdaderamente a Dios, sabe de la bondad y grandeza divinas, pero sabe también de las miserias e insuficiencias propias.

Si el amor es la madre de todas las virtudes, entonces la humildad es la nodriza. Todas, sin excepción, incluso la pureza, se alimentan y viven de su fuerza.

La verdadera humildad, junto con el amor a Dios, es el medio más seguro y necesario de protección de la pureza.

Humildad es verdad.

Sus dos columnas fundamentales son la verdad y la justicia. La verdad indica al hombre el lugar que le corresponde, la justicia lo trata como se merece ser tratado.

La humildad establece la armonía entre una grande y una pequeña valoración de sí mismo.

La poca valoración de sí mismo se funda en el reconocimiento de las miserias y de los límites humanos y un gran aprecio propio se funda en el alegre reconocimiento de los dones y gracias recibidos de Dios.

Como el cuerpo necesita para su salud, luz, aire y agua, así el alma necesita humildad y humillación.

Las Sagradas Escrituras llaman al orgullo el origen de todos los pecados. Por esto, la humildad ha de influir en todas las virtudes, y no en último término en la pureza.

La relación íntima entre orgullo e impureza la describe San Agustín al decir: "Toda la miseria del ser humano radica en la desobediencia de sí mismo frente a sí mismo. El hombre en el paraíso no quería lo que podía y ahora quiere lo que no puede. Innumerables cosas quiere que no puede, porque no se obedece a sí mismo, es decir, porque su vida sensitiva no obedece a la voluntad."

El orgullo se olvida de Dios y se constituye a sí mismo en fundamento, medida y fin de la vida. Alimenta en el hombre la revolución del ángel frente al hijo de Dios y frente a Dios mismo. El castigo de esto, es con frecuencia una fuerte rebelión de la carne.

La bondad paternal de Dios sabe conducir todo para el bien de sus hijos. Permite el desorden en la vida instintiva para que experimentemos nuestra debilidad y sepamos encontrar el camino hacia su corazón, llegando a dominar poco a poco nuestros apetitos bajos.

La humildad vive de la desconfianza en las propias fuerzas y de la confianza en las fuerzas divinas.

Una sana desconfianza despierta precaución, respeto y docilidad.

La precaución se alimenta del hecho que a través de la historia hayan caído muchas veces y profundamente las "columnas" más firmes y de que en el corazón humano siempre acecha el traidor. Esta se manifiesta evitando las ocasiones de peligro y luchando contra un espíritu aventurero en lo que a moral se refiere, ya se trate de relaciones con el mismo sexo o con el sexo opuesto o en la manera de tratar el propio cuerpo.

Una precaución esclarecida debe tenerse especialmente frente a los medios modernos de comunicación social y lo que nos ofrece la cultura actual ya que vivimos en una época en la cual es espíritu del mundo traspasa victoriosamente todas las puertas y recorre todos los caminos.

A través de la radio y la televisión el mundo viene a nosotros, a través del auto y del avión nosotros vamos al mundo. Unos y otros son creaturas de Dios y por esto ellos quieren ser también usados para su gloria y honor.

El respeto se muestra recatado ante todos los misterios de la vida y se manifiesta en el cumplimiento inconmovible del principio: interiormente sereno y exteriormente intocado, conforme al estado de vida.

Las cartas — aún las de amor — que han sido escritas con semejante respeto podrían ser publicadas sin escrúpulos incluso en los diarios.

Las personas que se hallan unidas por un amor respetuoso actúan de tal manera que podrían ser accidentalmente fotografiados u observados por cualquier persona noble.

La docilidad es uno de los frutos más caros de una honrada desconfianza de sí mismo. Se manifiesta principalmente por la franqueza en el confesionario y por la obediencia frente a consejeros probados e iluminados.

Para que la desconfianza no llegue a convertirse en debilidad, excite lo sexual y haga estragos, ha de desposarse con una confianza inquebrantable en la protección y en la fuerza de Dios.

El humilde dice con San Pablo ante todas las aflicciones de la carne: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?", y se responde con el apóstol de los gentiles: "La gracia de Dios, por Jesucristo, Señor nuestro… Todo lo puedo en Aquel que me conforta".

Quien desea reconquistar o conservar inmaculada su pureza sin acercarse plenamente a Dios en la oración y los sacramentos, es semejante a un pájaro que quisiera volar con las alas quebradas.

La mirada filial frecuente a la purísima Madre del Señor no muestra tan sólo de manera visible y atrayente la ley de la pureza, en sí dura y exigente, sino que es al mismo tiempo un medio eficaz para lograr una profunda humildad y una confianza vigorosa.

Si la Santísima Virgen pide por nosotros a su Hijo y dice: "¨No tienen más vino!", entonces el Hijo de Dios transformará rápida y alegremente el agua de nuestra miseria en el vino de su ayuda divina.

Así como Ella en las bodas de Caná puso como condición "haced lo que Él os diga", también repite hoy a todos los que imploran su protección: "haced lo que Él os diga".

El auténtico amor a Dios y la profunda humildad se hallan íntimamente unidos a la tercera torre protectora: la mortificación.

Toda mortificación esclarecida fortalece la resistencia del alma y ejerce por eso, al menos indirectamente, un influjo benéfico en los impulsos de la vida instintiva.

Desde el pecado original hay una profunda desarmonía en la naturaleza humanan entre la vida instintiva y la espiritual y entre ésta y la sobrenatural. La vida instintiva lucha constantemente y con todos los medios contra la vida del espíritu. Ya no quiere servir sino dominar. A partir de entonces el cuerpo ya no es un súbdito pacífico y dócil sino un inquieto revolucionario.

La mortificación tiene como tarea quitar el gobierno al hombre instintivo y ponerlo en manos del hombre espiritual y sobrenatural.

San Francisco de Asís llama al cuerpo: "hermano asno".

El asno es terco, ladino y tonto. Estas son las mismas propiedades de nuestro cuerpo: es terco porque quiere seguir su propio camino de glorificación sin tomar en cuenta a su hermana, el alma. Es ladino porque sabe envolver sus planes impuros y sus exigencias exageradas con falsos motivos aparentemente irrefutable. Y sin embargo es también tonto porque sus deseos y exigencias no son únicamente un daño para su hermana alma sino también para sí mismo.

La mortificación no quiere destruir la hermosura y la salud del cuerpo o quebrar las fuerzas nobles de una vigorosa vida instintiva, quiere tan sólo ponerlas al servicio del alma. Por esto la mortificación ha de ser siempre prudente y esclarecida.

Desde el pecado original no existe la pureza sin una mortificación sabia y permanente.

La forma de mortificación se halla determinada — por lo general — por la profesión, las circunstancias o las inspiraciones interiores. Una sabia orientación en este campo nos ofrece también la liturgia.

La educación a la pureza y al trabajo se hallan íntimamente vinculadas.

El que siempre está ocupado, seria y útilmente, se ahorra muchas luchas y tentaciones.

El trabajo es una participación en la actividad de Dios creadora y comunicadora de sí mismo.

Por ser el hombre una imagen natural y sobrenatural de Dios, participa a través de su actividad, en el poder y el amor del Eterno.

El que nada es para otros, se siente inútil, inferior y sucumbe, desinhibida y rápidamente, frente a sus más bajos instintos.

Cuanto más puede el hombre servir a otros en forma noble y creadora, comunicando algo de sí, tanto más crece en él la sana conciencia de su propio valor y el deseo de preservarse contra todo lo bajo.

Cuanto más sano es el desarrollo de las fuerzas creadoras y comunicadoras en el trabajo del hombre, tanto menos presionan estas fuerzas vigorosas hacia abajo.

La desocupación que trae la irrupción huracanada de la vida instintiva significa para los pueblos un castigo de Dios semejante a la hambruna o a la peste.

Si el trabajo es tan sólo una ocupación, el hombre ya no se siente un creador, sino alguien que simplemente ejecuta un trabajo y debe entonces hacerse a la idea de que se producirán fuertes reacciones y descargas de sus instintos bajos.

El trabajo que es mecánico, no creador y que no da satisfacción, puede ser librado de los peligros para la pureza y la moral, si se le coloca en un nivel superior.

Quien sabe ofrecer, gracias a una actitud profundamente religiosa, el sacrificio que le impone una cesantía culpable o sin culpa, o un trabajo excesivamente mecánico puede, como miembro de Cristo y en un nivel superior, ayudar a construir con espíritu creador y regalándose a sí mismo el Reino de Dios en la tierra y experimenta por esto una valiosa calma y distensión de su vida instintiva.

Quien lleva la cruz de su trabajo consciente de que así sirve a la comunidad, alcanza una actividad creadora y se siente interiormente libre y fuerte.

El trabajo cristiano está dirigido primeramente a servir y en segundo lugar a ganar.

Sin alegrías nobles, la pureza no puede prosperar.

Donde no hay atmósfera de alegría, hay atmósfera de pantano.

No en vano dice el apóstol: "Alegraos siempre en el Señor; os lo digo otra vez: alegraos" (Fil 4,4)

Si al hombre no se le ofrecen alegrías nobles y permitidas, buscará compensaciones peligrosas y luego pecaminosas.

La educación a la alegría es uno de los factores más importantes en la educación a la pureza.

Donde falta la alegría reina la tristeza y donde la tristeza determina el ritmo de vida, actúa de manera especial el demonio. Con razón dice un proverbio: "En aguas turbias pesca el Maligno".

La Santísima Virgen no es únicamente la "Mater puritatis" sino también "Mater sanctae laetitiae".

Quien no sabe descubrir y no ofrece a otros las fuentes de alegría del cristianismo contenidas en su doctrina, en sus instituciones y en sus sacramentos, no puede educar hombres profundamente religiosos ni hombres puros y de altos valores morales.